



## Barcelona, ciudad abierta

Emilio Campmany

En *Libertad Digital* nº 1414

24 de marzo de 2008

Es tópico entre los analistas el constatar que "sin contar los votos de Cataluña, el PP habría ganado las elecciones". Es verdad. De ahí deducen que los populares no ganarán hasta que mejoren notablemente sus resultados en aquella comunidad. Creen que los excelentes resultados del PSC son consecuencia de su escora nacionalista. Ergo, el PP necesita, para mejorar en Cataluña, adoptar posiciones más cercanas al catalanismo. Están convencidos de que es precisamente la pátina nacionalista la que ha permitido a los socialistas catalanes hacerse con el Gobierno de la Generalidad y entregarle el de la nación al PSOE de Zapatero en 2004 y en 2008.

Esta conclusión es fruto de un prejuicio, el de creer que los catalanes, tanto si son de izquierdas como si son de derechas, son muy nacionalistas.

No es así. La escasa participación en el referéndum del estatuto, el crónico abstencionismo en las elecciones autonómicas y la escasez de debate político demuestran que en Cataluña no hierve

ningún sentimiento nacionalista que condicione la vida política de la comunidad. La realidad es otra, similar a ésta sólo en apariencia.

Desde los primeros años de la transición, una buena parte del electorado catalán cree que su bienestar depende directamente de la oportunidad que tenga el Gobierno de la Generalidad de chantajear al de Madrid. Tal convicción no es tanto fruto del egoísmo como del victimismo que los nacionalistas han inoculado a la sociedad catalana. Por eso, cuando gobernaba CiU, lo importante para muchos no era quién ganara, sino que no lo hiciera por mayoría absoluta. Ahora que el PSC ocupa la Generalidad, lo que importa ya no es que nadie alcance la mayoría absoluta, sino que ganen los socialistas a toda costa porque, lo hagan con más o menos escaños, la Generalidad podrá continuar su acostumbrado chantaje a un PSOE que no puede prescindir de los votos del PSC. Así pues, la clave de la victoria del PSC en Cataluña el 9 de marzo no es haberse convertido al catalanismo, sino el doble hecho de controlar el

Gobierno de la Generalidad y constituir un poder independiente en el seno del PSOE.

Tal y como puede fácilmente apreciarse, reunir estas condiciones no está al alcance del PP de Cataluña. Puede, sí, hacerse más independiente de Génova, pero mientras no forme parte del Gobierno de la Generalidad no podrá chantajear al que pudiera presidir Rajoy.

El desafío al que hacen frente los populares en Cataluña no es pues el de convencer a nadie de que ellos son tan nacionalistas como el que más, que es algo que no les servirá de nada. El verdadero desafío es demostrar cuán equivocados están los catalanes que creen que su bienestar y progreso dependen de la capacidad de chantajear al Gobierno de España que tenga el de la Generalidad.

No es tan difícil hacerlo. Llevamos casi treinta años de chantajes, primero de

CiU y ahora del PSC, y Cataluña, lejos de enriquecerse en términos relativos, se ha empobrecido. No hace falta compararse con Madrid, donde el ser la sede del Gobierno de la nación puede parecer una ventaja, sino que basta hacerlo con Valencia. ¿Por qué Valencia, con condiciones estructurales muy similares a las de Cataluña, pero sin victimismo nacionalista, sin partidos que corten el bacalao en Madrid y sin vocingleros separatistas, ha sido capaz de crecer bastante más que la propia Cataluña?

Esta es la pregunta que el PP tiene que formular a sus potenciales electores allí. El día que consiga explicar que afirmarse como españoles, todos iguales ante la ley, además de ser noble y respetable, genera riqueza y bienestar en vez de la pobreza y el atraso que trae el nacionalismo, sus resultados mejorarán lo que merecen.

[Libertad Digital](#)